

Discurso del Dr. Losada Villasante
Acto de investidura como Honoris Causa
por la Universidad de Córdoba

Me gustaría iniciar mi discurso de investidura con las palabras de cortesía con que San Rafael, ángel custodio de Córdoba, saludó al ciego Tobías hace veintisiete siglos: "Sea siempre con vosotros la alegría". Tobías, santo varón israelita de la tribu de Neftalí y cautivo del poderoso Imperio asirio en tierras de Nínive, quería que un hombre fiel acompañara a su hijo, de nombre también Tobías, que iba a realizar un largo viaje hacia Media. El ángel y Tobías, acompañados de su perro, se pusieron en camino. Durante una parada a orillas del río Tigris, un pez enorme trató de devorar a Tobías, pero aconsejado por Rafael —que en hebreo significa "Dios cura y ayuda"— lo descuartizó y le sacó el corazón, el hígado y la hiel, vísceras útiles en Medicina que usó con pleno éxito a la vuelta de su viaje para curar a su padre de la ceguera.

Rafael es, junto con Miguel y Gabriel, uno de los tres arcángeles reconocidos por las tradiciones judía, cristiana y musulmana, las tres religiones monoteístas que adoran al mismo Dios de Abraham y que alcanzaron las más altas cimas en la histórica ciudad de las Tres Culturas, que hoy se enorgullece mostrándonos como testigos de su glorioso pasado la sinagoga, las ermitas y la mezquita. Córdoba es de hecho, como Sevilla y Carmona, la armoniosa resultante de un prolongado y fecundo cruce de razas y civilizaciones, y me acoge en un día muy señalado para mí, ya en tiempos de tolerancia y lejos de guerras e intransigencias pasadas, ofreciéndome su monumentalidad, hidalguía y benevolencia. No se me oculta que Rafael no es el patrono de Córdoba, sino Acisclo y Victoria, mártires de las persecuciones romanas. Y que Córdoba también venera a sus dos santos Álvaro, mártir el uno en la época de los Omeyas y testigo el otro del Cisma de Occidente.

Como Tobías y acompañado por Rafael voy a recorrer con visión histórica y profunda experiencia de la vida un largo camino de ida y vuelta por la vía Hercúlea y Augusta entre Córdoba y Sevilla, asentadas ambas en las márgenes del Gran Río, el "Gran Rey de Andalucía", pasando por la fortificada Carmona, erguida sobre los alcores. Y os voy a relatar, en un discurso entreverado de historia, leyendas e interrogantes, lo que he visto y oído, imaginado y reflexionado al hacer tan abigarrado e interesante viaje al final de mi vida.

Inicié mi peregrinaje en Sevilla muy de mañana al son vibrante de las campanas de la Giralda diciendo adiós a Lope que, sentado en la orilla del Betis al pie de la Torre del Oro, escribía radiante de alegría, con su soltura habitual, una chispeante sevillana que a la vez tarareaba:

*Qué bien pareces,
 ¡Ay, río de Sevilla!
 ¡Qué bien pareces
 lleno de velas blancas*

y ramos verdes!

En Sevilla y de Sevilla no se puede escribir historia de ningún género, ni siquiera científica, si no se toma la Giralda como punto de partida. Una torre de la categoría de la Giralda requiere por si sola un comentario, aunque sea breve, y más todavía porque Sevilla es la "ciudad de la Giralda", la mejor plantada y más esbelta y graciosa de todas las torres, símbolo por excelencia de Sevilla y copiada con admiración, fidelidad y cariño en otras ciudades, incluso en la capital del mundo, Nueva York. La artística torre es el minarete de la principal mezquita almohade construida en el siglo XII sobre un basamento romano y visigodo. El genial arquitecto cordobés Hernán Ruiz II el Joven le añadió en el siglo XVI un airoso campanario, y justamente en su cúspide Bartolomé Morel colocó como remate una colosal estatua de bronce, milagro de ciencia y técnica. Esta hermosa estatua es una mujer joven vestida con traje renacentista que representa la Fe y lleva un lábaro en una mano y una palma en la otra. Pesada y gigante es, sin embargo, ágil y grácil como un pájaro y, cuando cambia de dirección el viento, "gira" ligera con toda suavidad sobre el perno de una enorme bola metálica, llamada "la tinaja". Sirve por tanto, a cien metros de altura, de veleta y de ahí su nombre popular y original: el "Giraldillo". En el Universo hay infinidad de objetos, brújulas y veletas, incluidos los hombres, con libertad y condicionamientos de giro y movimiento. ¡Qué maravillas y qué misterios!

Al salir de Carmona, ya de mañana, y pasar por los olivares, apareció de pronto Federico, con su simpatía desbordante y provisto de paleta y pinceles, que estaba haciendo un retrato pinturero de una niña cogiendo aceituna:

*La niña del bello rostro
está cogiendo aceituna.
El viento, galán de torres,
la prende por la cintura.
Pasaron cuatro jinetes
sobre jacas andaluzas
con trajes de azul y verde,
con largas capas oscuras.
«Vente a Córdoba, muchacha».
La niña no los escucha.*

*Pasaron tres torerillos
delgaditos de cintura,
con trajes color naranja
y espadas de plata antigua.
«Vente a Sevilla, muchacha».
La niña no los escucha.
La niña del bello rostro
sigue cogiendo aceituna,
con el brazo gris del viento*

ceñido por la cintura.

*Arbolé arbolé
seco y verdé.*

Cuando García Lorca supo de dónde venía y adonde iba yo, improvisó al despedirse de mí dos breves versos que me dejaron anonadado:

*¡Sevilla para herir!
¡Córdoba para morir!*

A mediodía encontré a don Antonio, que abstraído en sus soledades contemplaba enamorado los olivares y no pensaba en otra cosa:

*¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!*

*¡Venga Dios a los hogares
y a las almas de esta tierra
de olivares y olivares!*

A lo lejos se oía la voz de su hermano Manuel, rendido al embrujo del sol y del agua y a la sabiduría ancestral de Andalucía:

*Cádiz, salada claridad.
Granada, agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada...
Y Sevilla...*

Al llegar a las blancas ermitas —sosegados palomares de Nuestra Señora de Belén a los pies de Sierra Morena— me sorprendió el Duque de Rivas sobre un espléndido escenario lleno de luz, que dominaba la romana ciudad califal y el verde valle del gran río, declamando altivo ante el atónito don Álvaro:

*No profane mi palacio
un fementido traidor
que contra su rey combate
y que a su patria vendió.*

Cuando ya atardecido entré en Córdoba, vi a don Luis vestido de sotana mirando gozoso jugar a los niños del barrio, y escuché de sus labios las populares letrillas que me recitaba mi padre cuando chico:

Hermana Marica,

*mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.*

En el barrio romano tropecé de sopetón en la penumbra con Marco Aurelio Séneca, el sabio maestro de los estoicos, que salía con su sobrino, el poeta épico Lucano, de casa de su padre de recibir lecciones de retórica y me espetó dos de sus peculiares máximas, que me han hecho cavilar durante toda la vida: "Procura no saber más que los demás, sino saberlo mejor" y "No es bueno creer que se sabe lo que no se sabe". Espoleado por la sabiduría y agudeza de las sentencias, añadí reflexivo de inmediato: "Pero sí es bueno saber qué se sabe y qué no se sabe". Los científicos usamos a menudo la expresión "creemos", pero a sabiendas de que, "en tanto creemos, no sabemos". Ya San Agustín había precisado que: "No todo lo que creemos lo sabemos".

Tras rodear el Templo romano y admirar sus esbeltas columnas seculares a la luz del crepúsculo nocturno, crucé la plaza del Gran Capitán y terminé la jornada en casa de Garcilaso de la Vega, que me había invitado a cenar; en la sobremesa y mientras tomábamos una "coca" me contó hermosas historias recónditas de sus antepasados incas, que avivaron mi imaginación durante el sueño.

Permitidme ahora que, después de la salutación inicial de San Rafael y de contaros los prolegómenos del paseo que a lo largo del día hicimos juntos aguas arriba del Guadalquivir, dedique un sentido recuerdo al profesor Daniel Israel Arnon, a quien los grupos de Sevilla y Córdoba debemos profundo reconocimiento y gratitud por habernos introducido en el luminoso y fertilísimo campo de la Fotosíntesis que realizan las plantas a la luz del sol, hasta entonces baldío en España. Su doble nombre, Daniel Israel, es indicativo de su recia personalidad judía, que en ocasiones mostraba luciendo la estrella de David sobre su pecho.

Del espíritu observador y cauteloso en extremo del profesor Arnon es prueba la siguiente anécdota de verdadero maestro. Medio en serio medio en broma solía decirme: "Mánuel, lo único que un científico puede asegurar cuando ve un rebaño de ovejas recién esquiladas es que, al menos, han sido peladas por el lado que las está viendo". Charles Darwin había también advertido con clarividencia y pesadumbre: "False facts are highly injurious to science for they often endure long". Con los años he aprendido que hay que razonar siempre con lucidez y fundamento, y construir sobre roca y no sobre arena, y que hay que distinguir con claridad entre lo que es saber y lo que es creer: saber es certeza; creer es confianza y esperanza.

Daniel, cuarto de los profetas mayores, era de la tribu de Judá y fue llevado cautivo a Babilonia en la deportación de israelitas que llevó a cabo Nabucodonosor, rey de los caldeos. El talento y la buena conducta de Daniel le granjearon la gran estimación del rey, que le confirió el gobierno de todas las provincias y le declaró maestro de los sabios de su

reino. Israel es el sobrenombre que dio Dios al patriarca Jacob, una de las máximas figuras del pueblo judío. Jacob fue nieto de Abraham, hijo de Isaac y padre de los doce hijos que dieron origen a las tribus de Israel.

Según refiere el *Génesis*, Jacob tuvo un sueño en la ciudad llamada Luz, en el que vio una escala que se apoyaba en la Tierra y llegaba hasta el Cielo por la que subían y bajaban los ángeles de Elohim. Es sorprendente que el sueño de Jacob sirviera de base al que tuvo Salvador Dalí la noche antes de pintar el imaginativo dibujo para la portada del libro *Reflections on Biochemistry* que los bioquímicos dedicamos al profesor Severo Ochoa en su setenta cumpleaños. En el sueño de Dalí, los ácidos ribonucleicos mensajeros sintetizados en el laboratorio del sabio español-americano subían y bajaban por los peldaños de la doble hélice del ácido desoxirribonucleico, la macromolécula de la vida, sintetizada por su primer postdoctor Arthur Kornberg.

En 1951 Daniel Israel Arnon en Berkeley y Severo Ochoa en Nueva York consiguieron llevar a cabo una de las reacciones más importantes de la biología: la reducción fotosintética del coenzima vitamínico conocido como nucleótido de nicotinamida acoplada a la liberación de oxígeno. Para muchos investigadores, entre ellos Ochoa, el problema básico de la fotosíntesis parecía definitivamente resuelto, pues las mitocondrias podían entonces sintetizar el ATP —nada que ver con la Asociación de Tenis Profesional de Rafa Nadal—, es decir, energizar el fosfato —otro de los requerimientos indispensables de la fotosíntesis— por fosforilación oxidativa del piridín nucleótido reducido. Arnon, más escéptico, no lo creyó así, pues conocía bien la estructura y organización del parenquima foliar y sabía que el contenido en mitocondrias de sus células es escaso. De ahí también su interés al conocer mis trabajos citológicos en Alemania sobre cloroplastos y mitocondrias. Ochoa y Arnon acuñaron, respectivamente, los términos *fosforilación oxidativa* o *respiratoria* y *fosforilación fotosintética* o *fotofosforilación*. Creo que pocos bioquímicos han tenido, como yo, el privilegio de vivir tan cerca de los padres de la fosforilación a nivel de sustrato (Warburg) y de membrana (Ochoa y Arnon).

El concepto de transporte de electrones inducido por la luz para electrolizar el agua y energizar el fosfato fue introducido por Arnon y Losada a comienzos de los sesenta y tardó en ser aceptado o fue considerado especulativo. Cuando Arnon postulaba una teoría nueva, decía con sorna: "Por descontado que no pretendo hacer conversos de manera inmediata". También tardó en ser aceptado el concepto de la fotosíntesis del nitrato y del nitrógeno molecular a amoníaco, así como el de los mecanismos redox y ácido-base para la transducción biológica de la energía, propuestos por el grupo sevillano a mi vuelta de California. Hoy estos conceptos han desplazado de los libros de texto a otros muy arraigados.

Ochoa en Nueva York y yo en Berkeley tuvimos infinidad de amigos judíos comunes que sobresalían como pioneros en el campo de la Bioquímica y de la Biología y Genética Molecular. Todos los ciudadanos del mundo debemos reconocer la singular y portentosa valía del inteligente y esforzado pueblo judío, cuya plurinacionalidad es también impresionante: 0,3 por ciento de la población mundial, repartidos por todas las naciones, ha conseguido el 30 por ciento de los premios Nobel. Los judíos sefardíes siempre recuerdan con nostalgia a su amada Sepharad, así como los hispano-árabes a su querido Al-Andalus.

Desde la época grecorromana, judíos es el nombre generalizado para los descendientes de Abraham que se llamaban a sí mismos hebreos, israelitas o pueblo de Dios. A pesar de las repetidas olas de antisemitismo, el pueblo de Israel se ha mantenido unido por su fe, su ley, su espíritu indómito de dura cerviz, y su capacidad sobrehumana para sufrir sacrificios inhumanos. En 1948 el antisemitismo encontró su contrapartida en la doctrina y movimiento del sionismo, y el pueblo judío —defensor a ultranza de la ley del Talión— consiguió con prepotencia asentarse de nuevo en la Palestina árabe al fundarse el moderno Estado de Israel. Desde entonces los rebeldes palestinos se sienten subyugados por el receloso poder israelí, y el Oriente Próximo es tierra martirizada por el terrorismo y su represión brutal. No deja de ser una relevante coincidencia, que nunca debería ser olvidada, que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobase el 10 de diciembre de 1948, hizo ayer justamente 60 años, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, proclamando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana. Quiera Dios que, en un mundo cada vez más globalizado, judíos, cristianos y musulmanes encuentren pronto el camino de la paz, la solidaridad y la concordia, en vez de enfrentarse entre ellos como lo hicieron en su patria —España, Sepharad, Al-Andalus— durante los turbulentos periodos de tiempos pasados.

Maimónides, “el Águila de la Sinagoga” —contemporáneo de Averroes, “el Comentador árabe de Aristóteles”—, fue filósofo, maestro de la literatura rabínica y principal figura talmudista del siglo XII. Como le sucediera a Averroes cuando Córdoba cayó bajo el dominio almohade, Maimónides se vio igualmente obligado por la intolerancia de esta secta del Islam a exiliarse con su familia. Su obra cumbre es la *Guía de los perplejos*. Otro de los más famosos judíos españoles fue Joseph ben Ephrain Caro, víctima de la expulsión de los sefardíes por los Reyes Católicos en 1492. Caro es considerado después del medievalista Maimónides como la máxima autoridad del pensamiento judío y de la ley mosaica. Quizás el peor baldón en la recién unificada España fue causado por el error ideológico de Fernando e Isabel de querer consolidar la unidad política y religiosa sacrificando uno de sus más valiosos bienes culturales.

En mis frecuentes visitas a Córdoba con colegas judíos —la última con el profesor Arthur Kornberg, huésped distinguido de nuestro Instituto sevillano de la Cartuja el año 2001, que fue invitado con exquisitas atenciones por el entonces equipo rectoral cordobés— siempre me han sorprendido el respeto y la veneración que todos muestran al contemplar la noble estatua de Maimónides, al que besan humildemente el pié. Arthur Kornberg —cuyo apellido original era el muy español Cuéllar— compartió con su maestro Severo Ochoa el premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1959 y vivía todavía cuando su hijo Roger recibió el premio Nobel de Química el año 2006.

Los hombres somos seres racionales y cordiales que queremos saber, debemos saber, necesitamos saber; y los científicos tenemos, por principio, que buscar la verdad y rechazar la falsedad, que aspirar a conocer a fondo la realidad de las cosas, de la vida y del hombre. Es más, para ser buen científico hay que dudar de todo lo que no se sabe con certeza científica, no pudiéndose aceptar como verdad positiva nada que no se apoye en la verdad rotunda e incuestionable de los hechos. Hay que enfrentarse honesta y lúcida con la Historia real y única del Universo y de la Humanidad, y distinguir los acontecimientos históricos de las fantasías legendarias; no rechazar jamás la evidencia ni mirar para otro lado. Puede parecer una verdad de Perogrullo, pero no lo es ni mucho menos: Hay que tener fe, pero sólo se puede creer lo que es verdad. Es pues claramente un sin sentido, o más aún, un contrasentido, tener fe o creer algo que no es verdad o va contra la razón o carece de pruebas históricas fiables. La fe sólidamente fundada en las sabias, exactas, hermosas e incuestionables leyes de la naturaleza —ya descubiertas o todavía por descubrir—, así como en la ley moral inscrita en nuestra conciencia, debe afrontar con valentía y las pertinentes reservas los temas difíciles y es necesaria e indiscutible.

Y hablando de verdades y falsedades, de historias y leyendas, me parece divertido y oportuno recordar en esta formal ceremonia una broma inocente y bienintencionada que un buen amigo y yo gastamos a la pandilla de mis hermanos pequeños. Dicho sea de paso, los niños y muchachos de entonces estudiábamos griego y latín y nos enorgullecíamos de conocer la Historia Universal y de España, viviendo con mucha ilusión e intensidad la sabiduría de nuestros antepasados y las fabulosas hazañas de nuestros héroes. No era pues extraño que buscáramos monedas, inscripciones y restos arqueológicos por la necrópolis, el alcázar, las cuevas y los monumentos derruidos de Carmona y sus alrededores.

Un caluroso día de verano, mi amigo Ramón y yo fuimos a una barrería de la Puerta de Córdoba a que nos cocieran un ladrillo de barro en el que previamente habíamos escrito con un punzón un latinajo macarrónico acerca de la estancia de Julio Cesar en nuestra ciudad y de su victoria sobre los hijos de su yerno Pompeyo el año 45 a.C. en Munda, en los alrededores de Osuna. Una vez sacado del horno el ladrillo ardiente, y después de dejarlo enfriar al aire, lo embastecimos y

envejecimos restregándolo con pedruscos y contra el suelo, lo rompimos en trozos, y de madrugada lo escondimos con intencionado desorden en una huerta cercana a la vía Augusta en que los más chicos buscaban reliquias de épocas pasadas. Al día siguiente, provistos de pico y pala, entre baño y baño en la alberca, los improvisados arqueólogos entonaron el “eureka” y, casi sin cambiarse de ropa, cogieron emocionados las bicicletas y corrieron que volaban a nuestra casa a contar alborozados su descubrimiento, deseosos de pregonarlo a voz en cuello y darlo a conocer a las autoridades civiles y académicas. Los mayores esperábamos su llegada con zumbona picardía, tendidos sobre las frescas losas del patio de nuestra casa de la calle Sancho Ibáñez.

¡Nuestro gozo en un pozo! Mi hermano Alberto —a quien yo daba entonces clases de cálculo diferencial e integral aprovechando las vacaciones— dijo impasible, con convicción impropia de su edad y la solidez de un “Jaimito” versado en lenguas clásicas, que Julio César, hombre culto y erudito, no podía haber escrito aquel texto, pues tenía un ablativo absoluto incorrecto. Se veía que el muchacho tenía buena y bien estructurada cabeza para llegar al fondo de las cosas, y que algún día podría ingresar en una Escuela Técnica Superior, ser ingeniero, catedrático e incluso llegar a rector. Mi maestro, don José María Albareda, a quien gustaba mucho contar esta anécdota, y yo, como experimentado hermano mayor, estábamos profundamente convencidos del impulso que la llegada de jóvenes capaces tanto a la Universidad como al Consejo habría de suponer para el desarrollo científico y técnico de España. En consecuencia, estimulamos y apoyamos firmemente a Alberto para hacer realidad sus sanas ambiciones y aficiones hidráulicas agrícolas y que un día pudiera honrar a su patria grande y a sus patrias chicas como antes lo hicieran sus antepasados agrónomos españoles: el gaditano Columela, el sevillano Abu Zacarias y el toledano Alonso de Herrera.

Al preparar un discurso o conferencia, o iniciar la escritura de un artículo o la redacción de un trabajo científico —en mi caso una tesis doctoral honorífica—, siempre se tropieza con la dificultad de cómo y por dónde empezar, de quedarse corto o pasarse de largo. A la postre —después de darle muchas vueltas y de intentarlo una y otra vez de varias maneras—, la solución final al problema del orden del temario es siempre la misma: comenzar por el principio, como decía el Conejo Blanco a *Alicia en el País de las Maravillas*, aunque con frecuencia no se sepa exactamente cuál es éste y haya después que intercalar incisos, trastocarlo todo y volver a cambiar el orden de los párrafos. En cuanto a la extensión del discurso, hay que respetar estrictamente el horario establecido por el protocolo para su lectura durante el acto académico, pero no se debe restringir en demasía lo que es conveniente que quede escrito para la posteridad. Que si bien es cierto que las palabras se las lleva el viento, no lo es menos que lo escrito, escrito queda.

Mi querida, por tantos motivos, y nueva *alma mater* Universidad de Córdoba me inviste hoy doctor *honoris causa*. El *Título* de una tesis

doctoral va invariablemente seguido a continuación por los *Agradecimientos*, pues es bien sabido que de la abundancia del corazón escribe con fluidez la pluma. Mi discurso de doctor *honoris causa* debe ser fiel a esta pauta académica, sobre todo cuando, como es mi caso, existen razones más que suficientes para ser agradecido, al haber cumplido con creces la máxima de don Santiago Ramón y Cajal, el más grande científico de España de todos los tiempos: “La mayor gloria de un maestro es la de formar discípulos que le superen”.

Yo he tenido la dicha de vivir la vida y la ciencia con entusiasmo, y de haber sabido contagiar ese entusiasmo a varias generaciones de jóvenes. He tenido también muchos y muy buenos colaboradores y discípulos —hoy repartidos por toda la geografía española y por algunas ciudades de Europa Asia, África y América, entre ellas la Córdoba argentina—, pero, como grupo potente, brillante, noble y de empuje, ninguno como el que integran, junto a los sevillanos, los bioquímicos y biólogos moleculares de la Universidad de Córdoba. Esta naciente y fecunda Universidad andaluza está hoy felizmente regida con mano firme y eficaz por quien siempre destacó en Sevilla como estudiante de licenciatura y doctorado en su etapa de entrenamiento, y maduró después como postdoctor con el profesor Butler en San Diego, California; no sólo como científico, sino como afable y ejemplar hombre de acción y de bien: José Manuel Roldán.

Y junto al Rector Magnífico, mi agradecimiento al Departamento de Bioquímica y Biología Molecular, que tomó la iniciativa de la propuesta para el otorgamiento del grado de doctor *honoris causa*, empezando por el nunca olvidado Jacobo Cárdenas y siguiendo de inmediato por todos los hijos de la primera hornada (José Antonio, Francisco, Juan, José María, María del Carmen, Jesús, Emilio, Javier, Conrado, Agustín y Antonio), de los que guardo un recuerdo inmejorable e imperecedero. Especialmente quiero distinguir en esta ocasión a su director, José Antonio Bárcena, de cuyas excelsas virtudes palentinas tanto hemos aprendido y nos hemos beneficiado sus compañeros sevillanos y cordobeses, y a los competentes profesores Juan López Barea, relator, y Jesús Díaz Dapena, objetor, por sus favorables y entusiastas informes; asimismo deseo expresar mi reconocimiento a la Comisión de Doctorado y al Consejo de Gobierno de la Universidad. En cuanto a Paco Castillo, podría decir de él en concreto que todo lo que hace y cómo lo hace, lo hace bien, con conocimiento, buen sentido y medida. Su corrección y comportamiento son paradigmáticos. Siempre sabe estar en su sitio: sabe ser, sabe estar y sabe hacer. Gracias, Paco. Nunca olvidaré tu memorable, completa, precisa y preciosa *Laudatio*. Finalmente, quiero dejar constancia de que este manuscrito no hubiera visto la luz sin la ayuda incondicional y eficiente de mi mujer, Antonia Friend O’Callaghan, a quien conocen bien todos los biólogos cordobeses que pasaron por el *Instituto de Bioquímica Vegetal y Fotosíntesis* de Sevilla, del que ella ha sido Gerente muchos años.

En mi tesis doctoral *honoris causa*, titulada ENTRE CÓRDOBA Y SEVILLA, se describen, analizan y discuten después de la *Introducción* los siguientes apartados: *Las cosas importantes. Se hace historia al vivir. Origen y evolución del Universo. Del origen de la vida al Homo sapiens. Creciente Fértil. Los grandes imperios y el pueblo judío. Cultura helénica y helenística. Tartesios, fenicios y cartagineses. El Imperio romano y Bizancio. Los godos. El Islam. De San Fernando a los Reyes Católicos. Sevilla, capital cultural, científica y tecnológica. Cajal, Ochoa y la moderna Biología en España y Sevilla. Discurrir de la vida.* Limitaciones obvias de tiempo me impiden ahora presentar “in extenso” este documentado y bien rumiado *Temario*, así que sólo leeré brevemente las *Conclusiones*. Quede bien claro que son conclusiones en buena medida personales y subjetivas, a las que he llegado al fin de mi camino y es probable coincidan en todo o en parte con las vuestras a su debido tiempo.

Decía el gran pensador alemán Arthur Schopenhauer, gran admirador del escritor jesuita aragonés Baltasar Gracián, que “hay que haber vivido mucho para darse cuenta de lo corta que es la vida”. El fino y atinado Manuel Machado escribió con visión certera y sensibilidad exquisita en su soneto *Alfa y Omega*:

*Cabe la vida entera en un soneto
empezado con lánguido descuido,
y, apenas iniciado, ha transcurrido
la infancia, imagen del primer cuarteto.*

*Llega la juventud con el secreto
de la vida, que pasa inadvertido,
y que se va también, que ya se ha ido,
antes de entrar en el primer terceto.*

*Maduros, a mirar a ayer tornamos
añorantes y, ansiosos, a mañana,
y así el primer terceto malgastamos.*

*Y, cuando en el terceto último entramos,
es para ver con experiencia vana
que se acaba el soneto... Y que nos vamos.*

En este familiar y querido planeta nuestro que llamamos Tierra —el hermoso y dinámico “planeta azul” que ya va siendo mayorcito, pues va a cumplir cinco mil millones de años, y en el que empezó a vivir nuestro antepasado, el *Homo sapiens sapiens*, hace unos cien mil años— nuestras vidas pasan raudas como un vuelo con la luminosidad del rayo para aterrizar todas en la misma pista final. Y son efectivamente tan cortas e intensas, tan llenas de dudas y certezas, que no hemos llegado

a captar su realidad cambiante y fugaz cuando nos damos cuenta de que se van, que ya se han ido. Nada nos afecta más ni nos hace recapacitar tanto cuando asistimos al funeral de un ser querido como el saber que ya no está, que se ha ido para siempre de este mundo y que jamás volverá. Juan Ramón Jiménez, que se llamó a sí mismo “el andaluz universal”, expresó con sublime belleza que tras la vida terrenal el hombre podrá “mirarle a Dios la cara” y contemplar el resplandor de su rostro.

¿Será la muerte el fin definitivo de todo? como creen los racionalistas a machamartillo y ha resumido con hastiado pesimismo el eximio poeta cántabro José Hierro en el verso final de su maravilloso soneto *Vida*: “Después de tanto, todo para nada”. O será, en cambio, un tránsito feliz del espíritu, como concluyó Manuel Machado en el terceto final de su sereno soneto *De profundis*: “Que es la vida el camino de la muerte, y la muerte el camino de la Vida”. Incluso sabios duros en creer como Cajal aceptaron “dos altos principios” como fundamento de su fe: “La existencia del alma inmortal y la de un Ser Supremo, Rector del mundo y de la vida”. Por lo que a mí me toca, he contado ya a lo largo de esta vida siete decenas de años, algunos de ellos maravillosos y compartidos en Sevilla con varios de vosotros, y recibo este preciadísimo honor que hoy me tributáis cuando estoy a punto de iniciar la octava y probablemente última decena. Quiero subrayar con franqueza que es ante todo el cariño y la responsabilidad que siento hacia todos vosotros lo que me mueve a escribir este reconfortante y esperanzador epílogo.

Como vengo proclamando públicamente desde que hace años me pareció verlo científicamente claro, la existencia de un Ente Supremo, omnipotente y omnisciente —o de Algo o Alguien, lo Quequiera o Quienquiera que sea, Legislador del Universo y Creador del hombre, a quien muchos llamamos Dios y Padre— no ofrece en principio duda: no es cuestión de creencia, sino de ciencia pura y dura; no se trata de una hipótesis, sino de una tesis. La inmortalidad del alma sí es, en cambio, un abierto interrogante del que la mente lógicamente recela, pues es necesario reconocer que esta importantísima y enigmática incógnita es —hasta ahora y no sabemos hasta cuando— motivo de confianza y esperanza razonable y fiable más que de evidencia científica indiscutible.

Cuando llegue el momento de decir adiós a este mundo, me gustaría poder hacerlo en paz y sosiego, como lo hizo hace cuatro siglos don Miguel de Cervantes, que estuvo dos meses en Carmona y fue huésped de la famosa Posada del Potro en Córdoba. El genial autor del idealista don Quijote y del realista Sancho —novela que escribió sin amargura durante los dos años que estuvo preso en la cárcel de la calle Sierpes de Sevilla— bien pudo recibir esta optimista creencia cristiana de los suyos a través de su abuelo cordobés Juan de Cervantes: “¡Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros prestos contentos en la otra vida!”. Para entonces habré recitado por enésima vez la bellísima oda del judeo-converso fray Luis de León, llena asimismo de sabiduría y mística espera:

*¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo
y contemplar la verdad pura sin velo?*

*Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.*

*Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo.*

Gracias a la educación y ejemplo de mis padres, a las enseñanzas de mis mejores y más sabios maestros, y a la experiencia de la vida, una idea fue incubándose en lo más íntimo de mi ser desde la infancia y con el tiempo fraguó en la esperanzadora conclusión, llena de confianza en la mente y en el corazón del hombre, con que pongo punto final a mi discurso. En la Tierra, la vida humana debe construirse sobre tres pilares fundamentales: la verdad, la bondad y la belleza, virtudes básicas que confluyen y culminan en la cúspide de una pirámide que llega hasta el Cielo, coronada por el amor y la gracia; una pirámide espiritual que pone de manifiesto la admiración, respeto y confianza del hombre en Dios.

Las razones y demostraciones de los sabios, la caridad y el ejemplo de los santos, y la sensibilidad y capacidad de captación, ejecución y expresión de los artistas son sin duda las más seguras brújulas y los más efectivos medios e instrumentos para guiarnos y ayudarnos a caminar por este maravilloso mundo, tan rico en atractivos, heroicidades y perplejidades, como a veces ruin, desabrido y hostil. El triunfo final del hombre llegará cuando el bien, la verdad y la belleza venzan definitivamente a la maldad, la falsedad y la fealdad cuando se logre el bienestar moral y social de toda la Humanidad. Ese día el hombre habrá encontrado de lleno al Ser Supremo: la Luz que ilumina, anima, embellece y glorifica el Universo, la Suma Verdad y la Suma Bondad.